AL SUR LA LUNA ES ROJA

MERCEDES DE LA ROSA LLORENTE

AL SUR LA LUNA ES ROJA

MERCEDES DE LA ROSA LLORENTE

Vision Libros

AL SUR LA LUNA ES ROJA
© MERCEDES DE LA ROSA LLORENTE
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-917-0
Descargado de www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Verónica García
veronica@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribución de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Para Alfredo "in memoriam"

y para mis hijos Jesús y Nieves con amor

INDICE

Pág.

CAPITULO I 11
CAPITULO II 21
CAPITULO III 29
CAPITULO IV 41
CAPITULO V 55
CAPITULO VI 69
CAPITULO VII 77
CAPITULO VIII 91
CAPITULO IX 101
CAPITULO X 111
CAPITULO XI 121
CAPITULO XII 133
CAPITULO XIII 147
CAPITULO XIV 159
CAPITULO XV 169
CAPITULO XVI 181
CAPITULO XVII 187
CAPITULO XVIII 199
CAPITULO XIX 209
CAPITULO XX 219
CAPITULO XXI 229
CAPITULO XXII 239
CAPITULO XXIII 247
CAPITULO XXIV 259
CAPITULO XXV 265
CAPITULO XXVI 273
CAPITULO XXVII 279
CAPITULO XXVIII 287
CAPITULO XXIX 291
CAPITULO XXX 299
CAPITULO XXXI 311
CAPITULO XXXII 321
CAPITULO XXXIII 327
BIBLIOGRAFÍA 337

CAPÍTULO I

Me daba la impresión de que el barco avanzaba a duras penas, el sonido de las máquinas llegaba hasta mí como en sordina y cabeceaba de una manera tal, que me parecía que o bien quería atravesar el cielo poniéndose casi en vertical, o bien pretendía hundirse en las profundidades del mar embravecido como un animal que perdida la razón y la orientación, dudara constantemente sobre el camino a escoger. Y esto, a pesar de que debíamos estar muy cerca, si no enfilando la entrada de la bocana del puerto, por lo menos eso me pareció por la hora que vislumbré a duras penas en el reloj que llevaba colgado al pecho.

Intenté incorporarme, pero unas intensas arcadas me decidieron a desistir de ese empeño por el momento. La noche de tormenta me había dejado exhausta. Había tenido que ir a Málaga a tomar el barco, desde donde aquella cáscara de nuez realizaba el trayecto regular con Melilla. Llegué cansada después de todo un día de viaje en tren desde Almería, necesitada de descanso y sueño, por lo que pensé que dormiría toda la noche sin enterarme de la travesía fuera como fuera. Apenas salimos del puerto, el barco comenzó a moverse arriba y abajo como un caballo de tío vivo, sólo que de metal; un gigantesco Pegaso de alas rotas y desbocado además, que cabalgara sobre el intenso oleaje de una de las peores galernas que había conocido el estrecho en todo lo que iba de año.

Me pasé la noche agarrada a los bordes de la litera con tal fuerza, que al poco dejé de sentir las manos, las miraba y las percibía como si fueran algo que no me perteneciera. Contem-

plaba aquellos garfios en que se habían convertido mis dedos, con los nudillos blancos deformados por el esfuerzo y el miedo, como los de un cadáver —pensé—. El terror había descendido sobre mí, envolviendo mi cuerpo con un sudor helado.

"Este será mi sudario si el barco se hunde, el sudario del miedo cubriendo mi cuerpo de casada doncella, él será el amo de mi doncellez".

Hice esfuerzos titánicos por apartar esos pensamientos propios de un mal folletín como esos que se publicaban por entregas semanales con formato de periódico. A veces lo conseguía, pero mis manos seguían asidas desesperadamente al borde de la cama estrecha y asfixiante en un vano intento de que al descender de aquellas cumbres embravecidas de espuma y agua tenebrosa, mi cuerpo no se quedara, por la inercia, suspendido en el vacío, sino pegado a la litera lo más posible, porque ese breve espacio de ingravidez me producía unas intensas ganas de vomitar.

Intento vano por supuesto; evacué del estómago todo lo que este contenía, y lo que no contenía ya, se convirtió en un algo fantasmal que yo me veía impelida a expulsar una y otra vez, cómo si de un íncubo demoníaco se tratara, dejándome tras de cada esfuerzo totalmente extenuada.

Durante el resto de la noche, cuando fui capaz de ganar la batalla a los pensamientos trágico-románticos, atronó en mi cabeza de forma obsesiva la cabalgata de las valquirias, no se si para distraerme, o por una caprichosa asociación de ideas entre la epopeya de Wagner y la cabalgada que el monstruo que me llevaba en sus entrañas estaba realizando en la oscuridad preñada de peligros. También podía ser, porque papá nos martirizaba a todas cuando se encerraba en su despacho para poner esa música en el primer fonógrafo creo yo que hubo en Almería, o por lo menos uno de los primeros, y que le regalaron cuando dejó de ser coronel del regimiento para ocupar el cargo de Presidente de la diputación Provincial.

No tuve el consuelo de un compasivo sueño con el que me fuera posible acortar mi sufrimiento físico y el tiempo de vivirlo. Me parecía como si el reloj que controla el paso del tiempo se hubiera hecho añicos, aprisionado entre el cielo airado que escupía su furia con todo lo que disponía: agua, fuego, aire y un sonido horrísono, y la masa oscura y abismal que dejaba sentir

su poderío, haciendo que la embarcación, que a mi me parecía sin duda mucho mas frágil de lo que era en realidad, gimiera y crujiera sin descanso como si fuera a partirse en dos, justo por la mitad, que era donde se encontraba mi camarote.

Este pensamiento me martirizaba de forma obsesiva sin darme tregua, trataba de alejarlo una y otra vez con todo mi empeño sin conseguir otra cosa que aumentar mis niveles de angustia y de zozobra. No ayudaba precisamente, que además del movimiento insoportable y los crujidos de las planchas de hierro y acero de la estructura, me llegara con total claridad el ruido furioso de las olas, que debían ser inmensas, estrellándose contra el casco.

Si la felicidad que las circunstancias me prometían se hacía realidad lo daba por bien empleado todo: el viaje, y el haberme tenido que enfrentar a mi padre y, al principio, a casi toda la familia. Para ser más exactos a todos menos a Herminia mi hermana mayor, que había sido capaz de dar su opinión e incluso de defenderme frente a mis padres. Si no hubiera sido por ella seguramente yo no estaría rumbo a Melilla. Ella se enfrentó a papá y luchó por mí como si hubiera sido por ella misma. Yo, en cambio, había optado por una resistencia pasiva basada en la inapetencia, los ojos hinchados de llorar a todas horas del día aunque a escondidas, el mutismo y las ojeras de un tinte violáceo que le daban a mi cara el aspecto de un alma en pena.

Mi madre no era demasiado proclive a dejarse impresionar por semejantes demostraciones, yo lo sabía, pero no obstante tenía que intentarlo. Me estaba jugando mucho.

Cuando Antonio llamó a papá para decirle que no le daban permiso para venir a casarse, el mundo se me vino abajo, me puse a llorar sin control por primera vez en mi vida de adulta delante de toda la familia, a sabiendas de que me estaba ganando a pulso la mirada reprobadora de mi madre que era con toda probabilidad, la mujer más circunspecta y controlada en sus emociones del mundo que conocíamos.

—Pero bueno Antonio, que está pasando por ahí ¿tan mal están las cosas en África? —Preguntó papá entre incrédulo y preocupado.

—Están bien D. Francisco mejor que nunca, se puede decir que llevamos unos años de relativa paz, aunque ya sabe usted que en

esta región hay tensiones desde el nueve con el desastre del barranco del Lobo, pero sobre todo desde el catorce, que ya sabe usted mejor que nadie lo que representó lo ocurrido en Beni Salem, Biutz, Alhucemas, Larache, un desastre y una hecatombe qué le voy a decir. Ya sé, que en el fondo, esto es un polvorín con más peligro de explotar o con menos, y que estamos sometidos a una constante sangría. No cometo el error de considerar que usted no es lo suficientemente inteligente como para saberlo, y lo que doy por cierto así mismo, es que usted es conocedor del inmenso amor que nos profesamos Rosalía y yo, y de que deseamos compartir nuestra vida y nuestra suerte uniendo nuestros destinos.

Usted, D. Francisco, como militar, comprende que no puedo abandonar este puesto donde he dejado mi sangre, y se ha segado la vida de muchos de mis compañeros, para huir a un destino cómodo y seguro en la península. Sería una deslealtad y una cobardía, por la que su acendrado sentido del honor llegaría a despreciarme. Llevamos unos años de relativa calma que me hacen confiar en que pueda ser duradera. En cualquier caso, en Melilla estamos totalmente seguros. Por esto le ruego encarecidamente que nos permita casarnos por poderes y...

—Pero hijo, eso que me pides es una barbaridad —lo interrumpió mi padre antes de llegar a procesar lo que se le estaba diciendo.

—D. Francisco, yo le doy mi palabra de que aquí no hay peligro, pero de todas formas le juro por mi honor, que al menor síntoma de dificultades hago que Rosalía embarque rumbo a la península.

—No sé qué decirte Antonio, no lo veo prudente, y además, qué dirá la gente, casarse así, con estas prisas. Somos personas que para bien o para mal, estamos en el punto de mira de nuestros conciudadanos. Ya sabes que me han nombrado Presidente de la Diputación, y si en mi familia siempre hemos tenido cómo timbre de gloria el dar ejemplo, ahora con mucha más razón. No puedo daros mi consentimiento, hijo, lo siento.

—D. Francisco por favor, me mandan dentro de dos meses al destacamento de Anual, pura rutina señor, relevo de la tropa destacada, pero voy a estar seis meses, con lo que atrasaríamos la boda casi un año, y de todas formas los permisos están cancelados. Por favor señor...

El silencio al otro lado se hizo denso e interminable, al cabo, papá susurró dubitativo.

—Caramba hijo, me parece que exageras un poco, total un año no es nada, sois muy jóvenes y aún tenéis mucho tiempo por delante.

—Pero...

—Tengo que pensarlo Antonio, tengo que pesarlo. Esto no se decide en un momento. Llama en quince días.

—Pero señor...

—En quince días.

Cuando mi padre colgó el auricular, una losa negra de congoja y desesperación descendió sobre mí, cuando mi padre decía algo en ese tono, se convertía en una sentencia inapelable. Me invadió la angustia, tanto, que me encerré en mi cuarto deshecha en un llanto que trataba de esconder a toda costa después de la explosión precedente, mientras mi madre y él se reunían en conciliábulo.

Pasé por los días siguientes como un vendaval ciego que arrastra a su paso cuanto encuentra, mejor dicho, así pasaron los días a través de mí. No me atreví a volver a llorar y a suplicar delante de mis padres, pero sólo con mirarme les bastaba para saber el estado en que me encontraba. Herminia fue la única que se atrevió a preguntarle a papá con el que se entendía mejor, qué habían decidido. Por toda respuesta recibió un gruñido ante el cual Herminia no se amilanó, se encerró con nuestro padre en el despacho y estuvo con él más de una hora. No sé qué le dijo a pesar de que pegué la oreja a la puerta durante unos momentos, en los que tan sólo fui capaz de percibir la voz de Herminia hablando con vehemencia pero en un tono bajo que era apenas audible. El esfuerzo por conseguir descifrar el rumor sordo que llegaba a mis oídos sin conseguirlo, hizo que se me hiciera un nudo doloroso en el estómago y que el corazón me latiera a galope tendido espoleado por el miedo y, sobre todo, por la incertidumbre sobre lo que estaba aconteciendo.

Lo cierto es que al término, cuando salió, Herminia me hizo un gesto imperceptible de triunfo.

Papá y mamá se reunieron de nuevo durante un tiempo que me pareció que no terminaba nunca. Durante la comida, papá

carraspeó para hacer que guardáramos silencio —cinco mujeres hablando era mucha mujer— y luego, se atusó el bigote que sobresalía enhiesto, engominado y perfectamente curvado a ambos lados del espacio próximo a su cara, y sin mirarme directamente, anunció que nos daba su bendición, podíamos casarnos; a continuación se interesó por el segundo plato como si no hubiera dejado caer una bomba.

Me hubiera gustado levantarme y abrazarlo, pero ese atrevimiento solo estaba en mi mente, jamás hubiese sido capaz de realizarlo. Esas muestras de entusiasmo eran consideradas en casa como algo extemporáneo y fuera de lugar, lo que una señorita bien educada como cualquiera de nosotras, nunca se debía permitir. Agaché la cabeza sobre el plato para que tampoco me vieran llorar de alegría. Era el décimo día de mi tortura, habíamos ganado cinco sobre el plazo que mi padre le había impuesto a Antonio.

A partir de ese día la actividad para mí fue febril.

Gracias a la posición de mi padre, todo el mundo hizo lo que tenía que hacer en el menor tiempo posible.

Antes de embarcar, me enteré de que Herminia le había puesto un telegrama a Antonio al día siguiente de que hablara con papá, diciéndole que fuera preparando los papeles a pesar de la impresión que hubiera podido sacar, si quería ganar tiempo. Demonio de Herminia, era la mayor y sin duda tenía otra relación con nuestros padres, por eso, pero sobre todo por su carácter decidido e independiente. Era el polo opuesto a mí en todo. Yo jamás presentaba batalla, me horrorizaba, así que ente cualquier tipo de dificultad me eclipsaba, según una frase militar que me aplicaba mi padre, "me retiraba a mis cuarteles de invierno" ella en cambio era capaz de seguir machacando hasta que conseguía lo que se proponía.

¡Le gustaba estudiar!

En contra de la opinión de nuestros padres había estudiado y terminado el bachillerato, las demás nos habíamos limitado a la cultura general. Ella sabía más de política que muchos hombres aunque se abstenía de hacer ostentación de ello sobre todo delante de determinadas personas en general y de nuestros padres en particular, porque sabía que cualquier alarde en este sentido le iba a ser cargado en su cuenta de forma negativa cada vez que se le reprochara el seguir soltera.

A mí por ejemplo, la política no me interesaba en absoluto, tenía claro que como mujer, eran otras las cosas para las que estaba destinada en este mundo.

¡Había tantas cosas que nos pertenecían y que los hombres no podían hacer, que me parecía una barbaridad intentar inmiscuirse en lo que no nos correspondía!

Las mujeres entendíamos de ternura, de sentimientos, de criar y cuidar de los hijos, de sensibilidad y de detalles; las mujeres entendíamos de amor y de sacrificio, de una labor discreta y callada para conseguir que todo en la familia funcionase como la seda y el cabeza de familia se sintiera apoyado en todo momento, atendido en todas sus necesidades y alejado de las pequeñas preocupaciones cotidianas, pero sobre todo, las mujeres éramos el eje sobre el que descansaba la transmisión de los valores éticos, morales, sociales y religiosos.

¿Por Dios, acaso esto no era más que suficiente? ¿No era acaso esta tarea tan importante como la de los hombres?

Yo me atrevería a decir que incluso más, porque sentaba las bases de lo que los hombre y las mujeres harían después y de cómo lo harían. No podía. En este sentido, de verdad no podía entender a mi hermana y a algunas otras, (pocas desde luego), que estaban empeñadas en sembrar el descontento menospreciando el papel de la mujer en el mundo.

Físicamente, Herminia era muy hermosa, me llegaba por el hombro aunque no era baja en absoluto, su maravillosa mata de pelo negro azulado iba siempre recogido en un moño bajo en la nuca. Los ojos negros y profundos tenían casi de continuo una mirada curiosa y escrutadora, la espalda en extremo erguida y los hombros dirigidos hacia atrás, le daban un aire desafiante que ella no pretendía tener de ninguna forma. En casa, siempre se decía que era demasiado independiente y demasiado brava para ser mujer y que los hombres la rehuían por eso, pero yo sospechaba que era justamente por eso por lo que D. Francisco, mi padre, le había reservado un lugar especial en su corazón.

En toda su vida no había tenido más que dos pretendientes a los que ahuyentó sin consideración, el uno por que no le gustaba físicamente, era bajo de estatura, tanto que le llevaba toda la cabeza, y aunque tenía unos hermosos ojos, la mandíbula le

colgaba dándole aspecto de corto de inteligencia aunque eso no fuera verdad en absoluto. Al otro tampoco le dio ninguna oportunidad, porque aunque le gustaba, había llevado una vida licenciosa que todo el mundo conocía, y como ella dijo: por mucho que me jure amor eterno, la cabra siempre tira al monte, así que no me voy a jugar mi futuro. Sin una sola duda lo alejó también de su vida y siguió esperando a su hombre ideal que no era desde luego ninguno de los que la solicitaban.

Seguía esperando con sus veintiocho años a cuestas que ya eran demasiados (un obstáculo insalvable decía mi madre, y eso era lo que estaba comenzando a parecernos a las demás) para una moza casadera. Aunque a ella no parecía importarle gran cosa, la verdad sea dicha, a mis padres los tenía con los nervios descompuestos. Era Herminia la que se tenía que haber casado en primer lugar, y el que no hubiera consentido hacerlo, la ponía y, ponía a nuestros padres, en una situación muy difícil.

Incluso en eso también éramos diferentes, porque yo en su lugar habría estado angustiada. Antonio y yo nos conocimos cuando yo acababa de cumplir diecisiete años y él vino destinado forzoso a Almería, estuvo justo el tiempo de conocernos y enamorarnos, e inmediatamente pasó a África donde sentía que su vocación lo llevaba.

Ya estaba casada con veintiuno, lo normal.

Tan sólo una vez en la mesa, mamá le dijo delante de todo el mundo, supongo que con segundas intenciones respecto de mis hermanas pequeñas, que una cosa era aspirar a lo que le correspondía, lo que era imprescindible en una señorita de buena posición y, otra muy distinta, que no hubiera nadie capaz de satisfacer sus mínimos. Que si seguía siendo tan exigente, al final se iba a quedar para vestir santos, y que ellos no iban a vivir toda la vida etc, etc, etc… Lo gracioso es que Herminia no se inmutó, ni ese día ni ningún otro, porque mamá volvía a la carga una y otra vez, unas veces atacando de frente y otras de forma indirecta.

Mi hermana tenía entre otras muchas, la cualidad de no enojar ni desairar a nuestra madre, pero conseguir aislarse en su mundo interior sin permitir que nada la distrajese. El caso es que gracias a ella había tenido lugar el novelero desenlace de una boda por poderes. En todos mis años de vida tan sólo había

tenido noticia de una boda igual: la de la hija de un teniente de alcalde que se había casado con un terrateniente argentino al que no conocía en persona, y que tenía su hacienda casi en el fin del mundo. En su momento, todo el mundo la tildó de loca y de obsesa por casarse, y aunque mi caso no se pareciera en nada al suyo, tenía por seguro que gran parte de la sociedad de mi entorno estaría pesando lo mismo de mí.

Si unos meses antes alguien me hubiera asegurado que esto sería posible, lo habría tomado como una fantasía de su mente calenturienta. ¿Qué argumentos habría manejado Herminia? Me preguntaba llena de curiosidad.

CAPÍTULO II

Debíamos estar en el puerto. Esta vez me obligué a levantarme dando bandazos de un lado al otro del estrecho camarote. A duras penas conseguí vestirme y salir dando trompicones al pasillo. Los camareros y tripulantes con los que me iba tropezando, no debían de tener su rostro de siempre, la experiencia estaba esta vez parapetada tras la máscara color amarillo violáceo que los distinguía como esforzados sobrevivientes de la pesadilla nocturna. Yo debo de estar igual — pensé —, con cara de aparecida. Noté que me miraban con conmiseración y una cierta simpatía, sin duda, porque a todas luces se podía adivinar que era mi primera travesía por mar. Yo, por mi parte, los miraba con el asombro de que incluso ellos hubieran caído víctimas de los elementos desatados de la naturaleza.

Salí a cubierta, una ráfaga de aire caliente y húmedo me envolvió, pegándose a mi piel como una envoltura invisible, sofocante y pegajosa. La tormenta sin duda nos había retrasado. La costa era una línea que apenas se distinguía en el horizonte, hendiendo el telón gris que nos rodeaba, como un estilete de sombra oscura que abriera camino entre el cielo y la tierra. Miré hipnotizada el mar; no respondía en nada a la imagen idílica que siempre había tenido de él.

Cuando en verano íbamos a pasear a la playa del Zapillo mis hermanas y yo, solíamos sentarnos después del paseo cerca de la orilla bien protegidas por un inmenso parasol. No nos dejaban bañarnos, naturalmente, porque eso, según nuestra madre, era una tremenda ordinariez, algo a todas luces para gente sin clase.

Respirábamos el aire salino y cómo mucho nos mojábamos los pies porque el médico había dictaminado que eso era bueno para nuestra salud. Jugábamos, charlábamos como cotorras y, todas sin excepción, dejábamos volar la imaginación para luego quedarnos ensimismadas mirando la lejanía. Emergía entonces en las profundas ventanas abiertas al infinito que eran nuestros ojos, una cascada de miradas como gorriones enjaulados tras las rejas, que contemplaran el mundo exterior sin poder abarcar su tamaño, ni sus límites, ni su naturaleza.

Ahora, este mar desconocido se me ofrecía por vez primera como una superficie semoviente, procelosa y abismal en un grado terrorífico. Solo fui capaz de apartar los ojos, al sentir una punzada como un zarpazo, que sobresalía sobre cualquier otra sensación, de mi estómago revuelto. ¿Hambre? No, vacío. Miré el reloj, me di cuenta de que todavía tenía tiempo de desayunar, así que volví sobre mis pasos para buscar el comedor.

El camarero que me acompañó solícito hasta la mesa, portaba la misma máscara que lo hacía miembro de la sociedad de atunes mareados en que debía de haberse convertido casi sin excepción todo el que viajaba en el transporte.

—Que nochesita ¿eh señora? Ha sío su bautimo de mar ¿verdá uxté?

—Si — contesté conteniendo una arcada, porque de la cocina salía un olor pestilente a grasa de motores rancia y pan requemado, que no era precisamente lo que mí estómago necesitaba para aquietarse.

—Lo siento señora, aunque si le sirve de consuelo, egta tormenta nog ha pasao factura a too, se le nota que e novata en la mirá de miedo que hay en su ojoo. Uxte me perdonará el atrevimiento señora, si la señora me permite, le diré que lo de egta noche susede mu poca vese, pero de toa forma, si va a haser este viaje en ma ocasione, ha de saber que egte barco e mu marinero y no corre ningún peligro, si lo sabré yo que llevo toa mi vida en la mar.

— Ya, le agradezco que me tranquilice.

— *Si la señora come algo se sentirá mejoo*.

— De acuerdo, Póngame el desayuno. ¿Por cierto, estos temporales ocurren con mucha frecuencia?

— *No señora, pero la mar egtá siempre regüeltilla al crusar la linea del egtrecho.*

Esbocé una sonrisa ante la amabilidad de aquel hombre que frisaría los cincuenta y cinco años, pero que parecía mucho mayor, y su acento andaluz cerrado que no había perdido a pesar de llevar tanto tiempo en la mar, como él decía, que estaba bien dicho, lo sabía, pero que a mí se me hacía raro oír en femenino. Tenía el rostro acribillado de arrugas profundas y curtido por sabe Dios cuantas brisas de cuantos mares y desde cuanto tiempo.

En contra de mi primera impresión desayuné con apetito, y la comida me tranquilizó. Después bajé al camarote para recoger el equipaje y dejarlo todo listo en el pasillo según me habían indicado. Me coloqué el pequeño sombrero de paja negra con una graciosa pluma. Era el primer sombrero de estas características que me permitía dada mi nueva condición de mujer casada, y me puse la chaqueta. Mi atuendo parecía un poco fuera de lugar en aquel barco que olía a viejo, con las lágrimas de cobre oscuro del óxido patinando todas las superficies metálicas, que reclamaban a gritos una mano de pintura. Sobre todo quería que Antonio me encontrara guapa.

Salí a cubierta quedándome sentada en una de las hamacas de un pequeño habitáculo llamado pomposamente cenador, en donde tres hombres mayores y una joven jugaban a las cartas con un absoluto desprecio a los movimientos del barco. Me escandalizó contemplar a una mujer jugando en público sólo con hombres, pero es que yo no tenía ni idea de lo se llevaba por el mundo. Era una señorita pacata de provincias, una pequeñísima ciudad de provincia ciertamente, que con veintiún años recién cumplidos se asomaba por primera vez al mundo.

Sin duda, en el año de gracia en que nos encontrábamos enero de 1918, la vida era algo más de lo que yo pensaba.

Ahora que me encontraba lejos de casa, tenía la sensación cruda y descarnada de que mi idea del mundo era pobre y limitada, que era un pajarillo criado entre algodones en una estrecha jaula; mucho más estrecha de lo que yo hasta ese momento había creído en realidad. Porque ¿qué sabía del mundo, de las costumbres y las ideas que se fraguaban más allá de las conversaciones familiares y de lo poco que leía a veces en el periódico local?

Nada.

Tuve una palpitación de zozobra, me daba cuenta de repente que incluso mi pensamiento en general, era un trasunto del pensamiento de mis padres. En ese estado de indefinición como persona individual, me había unido a un hombre para ser su compañera y la madre de sus hijos, sin que nadie me hubiera hablado claramente de lo que sucedía e este terreno, lo que me producía una cierta angustia. Mi madre no me dijo ni una palabra y no tenía una hermana mayor que hubiera pasado antes por la experiencia, eso sí, en cuanto a llevar bien una casa en cambio, lo tenía todo clarísimo.

Me encontraba distraída con mis pensamientos, hasta que la agitación de mí alrededor me hizo comprender que debíamos estar muy cerca. En efecto, al salir al exterior contemplé acercándose mi destino. Entre mis ojos y el puerto, una cortina de cristal líquido esmerilado de polvo del desierto, le prestaba al panorama una luz ámbar delicuescente, que convertía aquella ciudad chata en una especie de pueblo fantasmagórico casi invisible entre la bruma, como un ensueño apenas esbozado en el reino de la fantasía y el misterio. Por no faltar, no le faltaba ni siquiera su fortaleza almenada que se adentraba en el mar como un vigía pétreo e imponente.

Me estremecí sin poder evitarlo.

Por un momento, la aprensión aleteó en mi corazón. De forma rauda e imperceptible pasó a través de él como un pájaro migratorio camino de sus regiones ignotas.

Se había puesto a llover decididamente. Al principio de forma tímida, apenas una suerte de neblina resuelta a entrar en el reino del estado líquido, sin embargo, poco a poco y a pesar de que el cielo no estaba cubierto de nubarrones aunque sí de una niebla cada vez más amarilla y pastosa, la lluvia se fue intensificando.

Las gruesas cadenas de atraque se movieron como enormes serpientes de hierro reptando por cubierta y descendieron al agua haciendo un ruido ensordecedor. El barco paralelo al muelle comenzó a reducir la distancia, de hecho, las grandes maromas ancladas por la lancha del práctico a los noray tiraban de el; ora de proa, ora de popa, así se fue acercando lentamente hasta quedar pegado al muelle por completo. Con la exactitud matemática de los movimientos repetidos miles de veces, tanto el personal del barco, como el de puerto hicieron lo necesario

para que diera principio el desembarco. Mucho antes, los pasillos de cubierta se encontraban repletos de viajeros oteando ansiosos el puerto intentando, desde la distancia, identificar a las personas que los esperaban. Muchos también llevados por un deseo inconsciente de abandonar aquel enorme instrumento de tortura cuanto antes.

Busqué a Antonio también yo contagiada con la misma ansiedad, miré a derecha e izquierda sin descubrir su figura amada. Me quedé como alelada, insistí una y otra vez recorriendo el muelle con la mirada, pero nada, él no estaba. Me parecía absurdo.

Simplemente no estaba.

El pasaje comenzó a descender por la escalerilla y yo seguía petrificada y mojada como un pollo recién salido del cascarón, porque al salir de Málaga no llovía y el paraguas venía en una de las maletas, y estas viajaban en la bodega del barco. Un militar, me pareció un sargento, se acercó para hablar con el tripulante que supervisaba la bajada de los viajeros; a continuación lo vi subir y dirigirse a mi con la cara iluminada por una sonrisa radiante.

— ¿Doña Rosalía Andrade?

— Si, yo soy.

Entonces irguió la figura, al tiempo que daba un sonoro taconazo de sus botas y se llevaba la mano extendida a la sien.

— A sus órdenes señora, se presenta el sargento Benavides, tengo el honor de pertenecer a la compañía de su esposo. El capitán me ha entregado este sobre para usted — me extendió un sobre blanco — *Me ha rogado esclarecidamente además, que le transmita bucalmente* como lamenta el haber sido nombrado para un servicio inesperado, y me ha encargado que la reciba en su nombre y la lleve sana y salva hasta su hogar. Si me indica donde está el equipaje...

— Frente al camarote cuatro A —le respondí sin salir de mi estado de desconcierto — tan sólo es un maletín de mano y un neceser.

Rasgué el sobre con impaciencia. Reconocí la letra franca y cuidada de Antonio: *"Amor mío, ayer mismo por la noche el coman-*

dante del tabor designó a mi compañía para realizar maniobras en Rostrogordo, (se llama así el campo de entrenamiento), con lo que me es imposible ir a recibirte, ya te contaré. Al medio día estaré en casa. Toma posesión de ella, de todo lo que contiene, y de todos los que la habitarán (o sea, yo) como tu reino que es, Mi amor, gracias por amarme, por arriesgarte a seguirme. Te amo y siempre te amaré, y voy a hacer lo que esté en mi mano para que no te arrepientas. Al medio día estaré en casa junto a ti. ¿Ya te lo he dicho? Sí, ya te lo he dicho, pero lo que no te he dicho, es que sueño con ese momento que sé que es el más hermoso que me va a ser dado vivir de toda mi vida. Te dejo al cuidado del sargento Benavides que es como un perro fiel. Te beso con adoración A".

Besé el papel que habían rozado sus manos a falta de otra cosa, pero este gesto apenas me consoló de la desolación que sentía en mi interior.

¿Iba a ser siempre así?

¿Acaso los "imperativos del servicio" a esta tierra conflictiva e inhóspita lo iban a mantener constantemente alejado de mi lado? Unas lágrimas inoportunas, nublaron mis ojos con una cortina cristalina que se resolvió en unos pequeños regueros brillantes que me apresuré a hacer desaparecer. No quería parecer una niña pusilánime.

Como por ensalmo, las maletas y el sargento Benavides aparecieron en cubierta, y de igual manera, en un abrir y cerrar de ojos estábamos iniciando el desembarco

— Cuando quiera señora, el equipaje de la bodega irá en un carro que ya está esperando para ser cargado, ahora, si me permite, iré yo delante. Perdone, ¿no lleva paraguas? ¡Ah, bendita agua! — Prosiguió sin esperar respuesta y casi sin darse un respiro mientras iniciaba el descenso —.Si es lo que yo digo, oro líquido, el agua es oro líquido que nos regala el cielo, un llanto sagrado, el único llanto que merece la pena si me permite que se lo diga — . La lírica, rebuscada y algo extemporánea parrafada del sargento, hizo que lo mirara divertida.

Era la segunda vez en el día que alguien se disculpaba por darme su opinión; era una novedad que me hablaba a las claras de mi nueva condición de la que yo hasta este momento no era demasiado consciente.

— Perdóneme que sea tan hablador y tan *"filosofante"*es que yo tengo algo de poeta y de *"pensativo"*. ¿Sabe usted? Me lo dice

siempre mi señora, tú has equivocado la profesión Benavides, tenías que haber sido escritor.

Mi esforzado y curtido caballero andante me precedía para evitar un posible peligro, cargado con el equipaje de mano y sin dejar de desgranar su apabullante verborrea, dando bandazos por la escalerilla liviana hecha de cuerdas y tablones que se movía con cada paso de los pasajeros que descendían por ella. Agarrada con desesperación a las frágiles cuerdas y aún con el sentimiento de frustración que me embargaba, no pude por menos que sonreír ante esa exuberancia verbal del sargento Benavides que me pareció una bellísima persona.

Él, lanzó una carcajada franca como la de un niño grande, al tiempo que golpeaba con su mano huesuda de color tan oscuro como la de un nativo, la faja roja de su uniforme.

— A pesar de lo que le he dicho antes, crea señora que siento que llegue en un día como este, primero porque ya es mala pata que un día que llueve le haya tocado, segundo, porque aunque le parezca mentira, estas tierras hay que verlas en su salsa, con el sol cayendo como plomo derretido. Pero sobre todo, y perdone que se lo diga, siento mucho que el capitán no haya podido venir a recibirla; son cosas de la milicia ya se acostumbrará. Mi señora tardó lo suyo, ahora ya con ocho hijos y quince años de matrimonio, en cualquier momento se espera cualquier cosa, y si es lo que yo digo: un militar tiene que tener vocación, pero la familia también.

De toda la verborrea del sargento Benavides que lo impulsaba a hablarme como si me conociera de toda la vida, ignorando y atropellando las más elementales normas de la corrección social y la distancia debida, se me quedó la frase: *cosas de la milicia, ya se acostumbrará*. Yo ya sabía lo que era la milicia, mi padre era militar, (por unos segundos me inundó la nostalgia al recordar la figura paterna, cara de fiero león y un corazón de cordero) a mis hermanas y a mí, nos habían salido los dientes entre uniformes, y sin embargo, o quizás por esto, la situación me parecía de lo más incomprensible.

El sargento acomodó el equipaje de mano en la parte trasera de un automóvil impresionante, último modelo sin duda y el más bonito que había contemplado desde que podía recordar ¿de dónde lo habría sacado Antonio? Si lo que quería era darme

una sorpresa lo había conseguido. A pesar de la lluvia me di una vuelta alrededor para admirarlo. Era un vehículo extranjero que no había oído nombrar en toda mi vida, un NASH fabricado ese mismo año. Pues si lo que había pretendido era impresionarla, lo había conseguido también.

CAPÍTULO III

El sargento condujo despacio para que fuera viendo la ciudad, sospecho que también para dar tiempo a que el equipaje que iba en el carro llegase a su destino.

— El capitán me ha encargado que la reciba de manera *"gloriosa"* así que primero — dijo— llevaré a la señora a ver Melilla la vieja, aquí le llamamos "el pueblo". ¿Le parece?

— Está bien sargento, si no es mucho tiempo.

— No señora, es tan sólo para que el equipaje de las bodegas, que tardará algo en desembarcar, llegue antes que usted a la casa y no tenga que esperarlo si quiere ponerse cómoda.

Emprendimos el ascenso. En tanto que el sargento sorteaba asnos cargados con asombrosas cantidades de mercancías asentadas sobres los lomos de los sufridos animales en un equilibrio en apariencia inestable, lo observé con detenimiento. Tendría unos cuarenta y cinco años y el rostro curtido por los años de servicio bajo soles implacables, acampadas en el desierto, y meses seguidos durmiendo en tiendas de campaña comido por las pulgas y las chinches. Las arrugas, como cuchilladas asestadas sin orden ni concierto, le atravesaban el rostro convirtiendo sus mejillas en un remedo de la superficie calcinada que sus botas recorrían una y otra vez. La superficie de esta tierra agrietada y sedienta, hambrienta de verde, incapaz a su vez, de alimentar adecuadamente a sus hijos. Más allá de la figura enteca del sargento, se adivinaba al militar duro y experimentado capaz de sobrevivir en cualquier circunstancia.

— Verá, esta es la antigua Rusadir — la voz del sargento no ocultaba el orgullo de poder servirme de guía. No pude evitar pensar si se habría preparado la perorata turística o se lo sabría de siempre — , y, de estas cuádruples murallas que usted está viendo, tres están construidas sobre una roca, un enorme peñón calcáreo que se adentra en el mar. La muralla más antigua es del siglo XV, y por supuesto, se han restaurado varias veces, la última en el siglo XVIII. La verdad es que uno se queda *"hemiplejo"* contemplando esta maravilla. Ya van necesitando otra manita, ¿no le parece señora? Pero, ya sabe usted que ahora mismo no están los tiempos para ocuparse de estas cosas. Si es lo que yo digo — añadió con autoridad — : en todo tiene que haber un orden de *"prevalencia"*.

Miré para otro lado para que Benavides no advirtiera una sonrisa que no pude controlar, ante la escasa fortuna que mostraba el sargento, para poder colocar en sus monólogos las palabras que le parecían importantes y cultas, y más en este caso en que se las acababa de inventar, como otras muchas veces, aunque estaba claro que de algo le sonaban. Lentamente fuimos atravesando los distintos recintos, cuatro me pareció ver, que estaban separados unos de otros por grandes fosos.

Caminábamos despacio, primero porque estaba cansada y, muy a pesar de mi guía yo le imponía mi ritmo, y después, para recrearnos entre aquellos muros que dada la soledad en nos encontrábamos por culpa de la lluvia a la que no estaban acostumbrados, tan sólo él y yo y algún esporádico mercader con el consabido asno cargado de mercancía, se convertían —por lo menos para mí — en una puerta abierta a otro espacio, a otro tiempo.

El pavimento de piedra resbalaba por la — a esas alturas — escasa lluvia que seguía cayendo, apenas una leve capa de nube convertida en agua, que en algunos momentos cesaba por completo, tiempo de respiro que el sargento aprovechaba para enderezar su esqueleto y cerrar el paraguas con el que me protegía del agua.

Las murallas desprendían un reflejo ocre dorado que se derramaba sobre el farallón de la masa rocosa sobre la que la ciudadela estaba asentada. Estaban en bastante buen estado, a pesar de que, en efecto, ya iban necesitando que volvieran a ocuparse de ellas.

— La última gran restauración es del siglo XVIII, se lo había dicho ¿no? Sí, creo que se lo había dicho. ¿Verdad que es un conjunto monumental increíble? — Volvía a la carga, y sin esperar contestación, debía ser una mala costumbre en él, continuó —, seguro que no esperaba encontrarse con esto antes de venir, uno no se imagina este *"reducto"* en África ¿verdad? Lo sé porque a mí me pasó lo mismo. Estas — dijo golpeando las piedras con rudeza — han aguantado más de un *"mare nostrum"*. Ahora la llevaré a lo único que después de las murallas merece la pena ser visto, la iglesia de la Inmaculada Concepción y el Hospital Real.

La iglesia estaba situada en una placita. Era de estilo barroco. Entré y me llevé una sorpresa porque una vez dentro era mucho más grande de lo que parecía desde fuera, era muy fresca y las paredes estaban pintadas de blanco. Cuando me volví para irme me tropecé con un franciscano muy anciano con una enorme barba blanca y ojos chispeantes que se desdecían del resto de su cara. Me saludó sonriendo como si me conociera de toda la vida.

— ¿Quiere que se la enseñe hija? Tiene mucha historia.

— Muchas gracias padre, en otro momento le tomaré la palabra. ¿Por quién tendré el gusto de preguntar?

—Soy el padre Daniel, no se olvide ¿eh? Me verá siempre por aquí, de todos modos como ya soy viejo no tengo mucho que hacer, bueno, la realidad es que no me dejan hacer nada de nada, lo único que hago es rezar, y para eso, si quiere que le diga un secreto, la mitad de las veces me quedo dormido. Aunque no creo que al Señor le importe mucho, porque yo mientras duermo sueño que rezo, lo peor es que ronco y a alguno de mis hermanos de la comunidad les incomoda. Debe ser por eso que también me han dispensado del rezo de las horas, pero eso sí que no, por ahí no paso.

— No se preocupe padre, aquí estaré preguntando por usted — lo interrumpí porque no tenía trazas de parar de hablar. Me bendijo con una sonrisa tras lo cual se dio la vuelta y se alejó hablando de nuevo para sí.

De vuelta en el coche mi guía anunció:

— Y ahora, al hospital…

No dejé que el pobre hombre terminara la frase.

— Gracias sargento, pero estoy muy cansada. No he dormido nada en toda la noche, y lo único que me apetece en realidad, es, sentarme al fin, sobre algo que no se mueva.

Intenté decírselo con una sonrisa, a pesar de eso, la voz de Benavides se volvió entrecortada.

— Perdone señora yo... la verdad es que yo... soy un bruto, yo solo quería... en fin lo siento, ahora mismo la llevo a su casa.

A partir de ese momento Benavides cerró la boca. No le dije nada porque en verdad estaba muy cansada y el silencio fue como un bálsamo, pero me daba pena que el sargento, mi servicial cicerone pensara que había metido la pata.

Cerca del muelle había una calle larga y estrecha donde únicamente había tiendas, un bazar lleno de cosas típicas con que embaucar a los viajeros. Habían tendido una lona de parte a parte que esta vez servía para resguardar de la lluvia, oro líquido en verdad para esta tierra, y que en el resto de las ocasiones resguardaba del calor inmisericorde. Desde lejos contemplé un conjunto abigarrado y lleno de colorido, mujeres cubiertas con la chilaba y un velo de tejido ligero cubriéndoles el rostro, otras, sin embargo, iban envueltas en una especie de ropaje amplio que les cubría la cabeza y que cruzaban por la cara tapándola casi por completo, tanto, que apenas dejaban ver sus ojos.

En muchos casos se tocaban con grandes sombreros de paja, que volvían todavía más inescrutables la única parte visible de su cuerpo: los ojos. Ellos, los hombres, caminaban erguidos y miraban con un descaro molesto. Prácticamente la totalidad de ellos se cubrían con una chilaba en tonos marrones, con o sin rayas, era de color crudo en contados casos; se cubrían los pies con una especie de sandalias.

No entramos en el barrio, pero me impresionó el bullicio, el olor que se escapaba y que no podía identificar, el colorido de las mercancías expuestas y la música árabe que alguien desgranaba en algún lugar de aquel lugar abigarrado, con un instrumento que yo no había escuchado en mi vida.

Desembocamos en una plaza enorme, ni en Málaga ni en Almería había una semejante; aquella en la que yo había vivido desde que nací cabía varias veces en esta. Era la plaza de España. A la derecha, un edificio también de enormes dimensiones

albergaba una residencia y el casino militar, a la derecha del edificio y frente a nosotros, una calle ancha, la avenida de Alfonso XII, centro de la vida y el comercio europeo e hindú, en la que estaba ubicada la principal iglesia de la ciudad, otra calle a la izquierda, que fue la que tomamos nos hizo desembocar en la comandancia General, centro neurálgico militar. Desde la plaza hasta ese centro, a la izquierda, un parque con una masa de árboles impresionante, paseos y bancos donde los niños jugaban a la vista de las niñeras más bien distraídas por estar rodeadas de soldados con una variedad de uniformes notable. En algunos casos, eran las propias madres las que vigilaban a sus hijos mientras las manos se movían velozmente sobre la labor de crochet.

La comandancia era un gran edificio que con sus dependencias anexas ocupaba toda una manzana. Nuestra casa estaba situada a espaldas de este centro neurálgico, integrada en un conjunto de casas militares para oficiales llamadas pabellones militares, casas de un solo piso, situadas a lo largo de la calle de Isabel la Católica.

El carro con el equipaje esperaba en la puerta, y los dos regulares con sus uniformes de color garbanzo ceñidos con una faja roja distintivo de las fuerzas de regulares nº 2, empapados casi hasta la cintura, descansaban tranquilamente sobre los bultos fumando en una cachimba oscura y gastada, de forma cansina, sin que pareciera importarles mucho la mojadura.

Eran los dos, rifeños de piel oscura. Uno extremadamente joven, el otro bastante mayor aunque me hubiese sido imposible calcular su edad. Este, tenía la cara modelada con profundos surcos y una mirada de perro viejo con atisbos de cansancio, en el otro destacaba la mirada astuta, franca y directa de los pocos años. Los dos con los ojos negros como el azabache y pómulos marcados y prominentes que destacaban en sus caras ya de por sí angulosas. Así, semi derrumbados sobre los bultos, se hacía más patente a la vista, los pantalones de enorme vuelo que quedaban ceñidos bajo las rodillas con un vendaje de color marrón hasta los tobillos, los pies, embutidos en unas alpargatas de lona y esparto.

Me miraban expectantes con un punto de curiosidad que a todas luces trataban de que pasara desapercibida Benavides los puso en acción con una orden seca.

En un momento y casi sin darme cuenta, habían cargado los enormes baúles sobre sus espaldas dejándolos donde les indiqué: en la misma antesala, porque estaba deseando que se fueran.

Era un piso hermoso, espacioso y lleno de luz, se notaba que estaba recién pintado, y también que era demasiado grande para una pareja de recién casados. Cuando Benavides se cuadraba delante de mí para despedirse, le tendí la mano con afecto.

— Gracias sargento, ha sido usted un guía magnífico. Gracias por hacer mi entrada en esta tierra menos solitaria.

El hombre se emocionó y durante una fracción de segundo dudó entre seguir con su saludo o estrechar mi mano, fue solo un momento, bajó la suya del borde de su gorra, y estrechó la mía con un ímpetu tal, que pensé que la desprendía de la muñeca.

En su modo de tratarme se notaba el afecto que sentía por su superior.

Al cerrarse la puerta tras el sargento y quedarme sola, me dejé caer sobre uno de los baúles con una sensación casi fugitiva de desamparo. Por primera vez, tenía verdaderamente conciencia de haberme desgajado de mis padres, se había cerrado una etapa de mi vida en la que había sido muy feliz. Ahora ante mí, se abrían una cantidad de posibilidades que yo, a priori, desconocía, y que me llenaban de temor y de ilusión, ambas cosas a un tiempo.

Al desembarcar, sabía que esta tierra estaba amasada con sangre y sufrimiento. No sabía mucho más, pero eso sí lo sabía. Cada ladrillo, cada metro, cada posición se había conquistado con el sacrificio de una cantidad estremecedora de vidas. Sabía que había ido al encuentro del peligro, que a pesar de todo lo que le hubiéramos podido decir a mi padre, el peligro existía.

Yo amaba a Antonio más que a nada en el mundo, me hacía sentir que estaba completa y en plenitud, él, era el único proyecto de futuro que quería realizar, si no me salía bien, mala suerte. Me rehice y me puse en pie, sólo entonces me di cuenta de que estaba en verdad agotada, pero tenía que reconocer mi nuevo hogar.

Desde la entrada, en donde había quedado el equipaje esparcido como los restos abandonados de un naufragio, partía un largo pasillo con puertas a derecha y a izquierda. Todas las de la derecha daban al exterior, a la calle, en tanto que las de